**GENEALOGÍA DE JESÚS**

1. Una simple lectura descubre al lector cosas extrañas en esta lista. Por de pronto, Mateo y Lucas hacen sus genealogías en direcciones opuestas. Mateo asciende desde Abrahán a Jesús. Lucas baja desde Jesús hasta Adán. Pero el asombro crece cuando vemos que las generaciones no coinciden. Mateo pone 42, Lucas 77. Y ambas listas coinciden entre Abrahán y David, pero discrepan entre David y Cristo. En la cadena de Mateo, en este periodo, hay 28 eslabones, en la de Lucas 42. Y para colmo -en este tramo entre David y Cristo sólo dos nombres de las dos listas coinciden.

Una mirada aún más fina percibe más inexactitudes en ambas genealogías. Mateo coloca catorce generaciones entre Abrahán y David, otras catorce entre Abrahán y la transmigración a Babilonia y otras catorce desde entonces a Cristo. Ahora bien, la historia nos dice que el primer periodo duró 900 años (que no pueden llenar 14 generaciones) y los otros dos 500 y 500. Si seguimos analizando vemos que entre Joram y Osías, Mateo se «come» tres reyes; que entre Josías y Jeconías olvida a Joakin; que entre Fares y Naasón coloca tres generaciones cuando de hecho transcurrieron 300 años. Y, aun sin mucho análisis, no puede menos de llamarnos la atención el percibir que ambos evangelistas juegan con cifras evidentemente simbólicas o cabalísticas: Mateo presenta tres períodos con catorce generaciones justas cada uno; mientras que Lucas traza once series de siete generaciones. ¿Estamos ante una bella fábula?

Esta sería -ha sido de hecho la respuesta de los racionalistas. Los apóstoles -dícense- habrían inventado unas listas de nombres ilustres para atribuir a Jesús una familia noble, tal y como hoy los beduinos se inventan los árboles genealógicos que convienen para sus negocios.

Pero esta teoría difícilmente puede sostenerse en pie. En primer lugar porque, de haber inventado esas listas, Mateo y Lucas las habrían inventado mucho «mejor». Para no saltarse nombres en la lista de los reyes les hubiera bastado con asomarse a los libros de los reyes o las Crónicas. Errores tan ingenuos sólo pueden cometerse a conciencia. Además, si hubieran tratado de endosarle a Cristo una hermosa ascendencia, ¿no hubieran ocultado los eslabones "sucios»: hijos incestuosos, ascendientes nacidos de adulterios y violencias. Por otro lado, basta con asomarse al antiguo testamento para percibir que las genealogías que allí se ofrecen incurren en inexactitudes idénticas a las de Mateo y Lucas: saltos de generación, afirmaciones de que el abuelo «engendró» a su nieto, olvidándose del padre intermedio. ¿No será mucho más sencillo aceptar que la genealogía de los orientales es un intermedio entre lo que nosotros llamamos fábula y la exactitud rigurosa del historiador científicamente puro?

Tampoco parecen, por eso, muy exactas las interpretaciones de los exegetas que tratan de buscar «explicaciones» a esas diferencias entre la lista de Mateo y la de Lucas (los que atribuyen una genealogía a la familia de José y otra a la de María; los que encuentran que una lista podría ser la de los herederos legales y otra la de los herederos naturales, incluyendo legítimos e ilegítimos).

Más seria parece la opinión de quienes, con un mejor conocimiento del estilo bíblico, afirman que los evangelistas parten de unas listas verdaderas e históricas, pero las elaboran libremente con intención catequística. Con ello la rigurosa exactitud de la lista sería mucho menos interesante que el contenido teológico que en ella se encierra.

Luces y sombras en la lista de los antepasados

¿Cuál sería este contenido? El cardenal Danielou lo ha señalado con precisión: «Mostrar que el nacimiento de Jesús no es un acontecimiento fortuito, perdido dentro de la historia humana, sino la realización de un designio de Dios al que estaba ordenado todo el antiguo testamento». Dentro de este enfoque, Mateo -que se dirige a los judíos en su evangelio- trataría de probar que en Jesús se cumplen las promesas hechas a Abrahán y David. Lucas -que escribe directamente para paganos y convertidos- bajará desde Cristo hasta Adán, para demostrar que Jesús vino a salvar, no sólo a los hijos de Abrahán, sino a toda la posteridad de Adán. A esta luz las listas evangélicas dejan de ser aburridas y se convierten en conmovedoras e incluso en apasionantes. Escribe Guardini:

¡Qué elocuentes son estos nombres! A través de ellos surgen de las tinieblas del pasado más remoto las figuras de los tiempos primitivos. Adán. penetrado por la nostalgia de la felicidad perdida del paraíso; Matusalén, el muy anciano; Noé. rodeado del terrible fragor del diluvio; Abrahán, al que Dios hizo salir de su país y de su familia para que formase una alianza con él; Isaac, el hijo del milagro, que le fue devuelto desde el altar del sacrificio; Jacob, el nieto que luchó con el ángel de Dios... ¡Qué corte de gigantes del espíritu escoltan la espalda de este recién nacido!

Pero no sólo hay luz en esa lista. Lo verdaderamente conmovedor de esta genealogía es que ninguno de los dos evangelistas ha «limpiado» la estirpe de Jesús. Cuando hoy alguien exhíbe su árbol genealógico trata de ocultarlo, por lo menos, de no sacar a primer plano las «manchas» que en él pudiera haber; se oculta el hijo ilegitimo y mucho más el matrimonio vergonzoso. No obran así los evangelistas. En la lista aparece -y casi subrayado- Farés, hijo incestuoso de Judá; Salomón, hijo adulterino de David. Los escritores bíblicos no ocultan -señala Cabodevilla- que Cristo desciende de bastardos.

Y digo que casi lo subrayan porque no era frecuente que en las genealogías hebreas aparecieran mujeres; aquí aparecen cuatro y las cuatro con historias tristes. Tres de ellas son extranjeras (una cananea, una moabita, otra hitita) y para los hebreos era una infidelidad el matrimonio con extranjeros. Tres de ellas son pecadoras. Sólo Ruth pone una nota de pureza. No se oculta el terrible nombre de Tamar, nuera de Judá, que, deseando vengarse de él, se vistió de cortesana y esperó a su suegro en una oscura encrucijada. De aquel encuentro incestuoso nacerían dos ascendientes de Cristo: Farés y Zara. Y el evangelista no lo oculta. Y aparece el nombre de Rajab, pagana como Ruth. y «mesonera», es decir, ramera de profesión. De ella engendró Salomón a Booz.

Y no se dice -hubiera sido tan sencillo- «David engendró a Salomón de Betsabé», sino, abiertamente, «de la mujer de Urías». Parece como si el evangelista tuviera especial interés en recordarnos la historia del pecado de David que se enamoró de la mujer de uno de sus generales, que tuvo con ella un hijo y que, para ocultar su pecado, hizo matar con refinamiento cruel al esposo deshonrado.

¿Por qué este casi descaro en mostrar lo que cualquiera de nosotros hubiera ocultado con un velo pudoroso? No es afán de magnificar la ascendencia de Cristo, como ingenuamente pensaban los racionalistas del siglo pasado; tampoco es simple ignorancia. Los evangelistas al subrayar esos datos están haciendo teología, están poniendo el dedo en una tremenda verdad que algunos piadosos querrían ocultar pero que es exaltante para todo hombre de fe: Cristo entró en la raza humana tal y como la raza humana es, puso un pórtico de pureza total en el penúltimo escalón -su madre Inmaculada- pero aceptó, en todo el resto de su progenie, la realidad humana total que él venia a salvar. Dios, que escribe con líneas torcidas entró por caminos torcidos, por los caminos que-¡ay!- son los de la humanidad.

3. Conclusión

Las dos genealogías de Cristo no sólo son compatibles, sino que se complementan entre sí, de tal manera que convergen inequívocamente en una única Persona de la historia, que es lo propio de las genealogías. La una es legal-espiritual, la otra biológico-literal, pero ambas están llenas de sentido revelado.

La genealogía de s. Mateo nos enseña que Dios no desprecia las apariencias, sino que las colma de sentido, convirtiéndolas en ocasión de un nuevo modo de engendrar, el espiritual, según el cual Cristo es hijo legal de reyes, y rey, pero de un reino espiritual, no de este mundo. La genealogía de s. Mateo no es vana ni se reduce a salvar la «imagen» de Cristo, sino que es expresión de Su respeto por la Ley y por las obras, a las que viene a perfeccionar y redimir, dándoles un alcance pleno. Ella nos enseña que el Hijo del hombre no desprecia la Ley, antes bien cumple espiritualmente hasta el último detalle de su letra, lo mismo que no desprecia al pecador, sino que quiere que se convierta y viva, razón por la cual acepta y otorga realidad a las apariencias: acepta la letra de la Ley y se hace pecado, o sea, maldito, en el árbol de la cruz. La dirección de esta genealogía es descendente, en congruencia con la humillación del Verbo al acercarse a nuestro pecado y al mal, que es pura privación, falta de ser y pérdida de libertad, todo vana inflación y apariencia.

La genealogía de s. Lucas nos enseña que Dios cumple literalmente sus promesas y profecías, el espíritu de su Ley, y sobrepasa las expectativas humanas mucho más de cuanto ninguna inteligencia creada alcanza a entender por sí misma, a saber: uniendo consigo un cuerpo, nacido de mujer, descendiente según la carne de David, de Abrahán y de Adán. Cristo es mucho más que rey, es Dios hecho hombre. Al hacerse hombre, el Verbo introduce una jerarquía entre los hombres mucho más profunda que la social y que la política, una jerarquía trascendental. Esta línea genealógica es la línea de la elección personal, la cual establece una dependencia entre los hombres, pero tal que redunda en beneficio de todos, gracias a la mediación de Cristo, quien siendo Dios vino a servirnos. Su dirección es ascendente, pues es el Hijo el que hace elegidos a sus padres carnales, y el que por ser Dios nos puede transferir a todos su elección sin perderla, por lo que de ese modo nos sobre-eleva, otorgándonos la posibilidad de ser hijos de Dios.

Abrahán fue padre de Cristo en virtud de la Alianza; Adán fue padre de Cristo en virtud de la naturaleza humana.

Las genealogías de Jesucristo reflejan nítidamente el misterio que intentan comunicarnos, la encarnación del Verbo, pero nos lo presentan veladamente, como para ser creídas por una inteligencia diligente. El pasaje de s. Mateo nos presenta una genealogía de Cristo de la que hemos de deducir que es sólo legal. El pasaje de s. Lucas nos presenta una genealogía de la que hemos de deducir que tiene sentido biológico para Cristo, aunque eso cree problemas de intelección. El halo de misterio que presenta incluso la forma de redacción de las genealogías es un acicate para el desarrollo de nuestra inteligencia desde la fe. Las dos genealogías no son, pues, reiterativas ni paralelas, ya que Dios no hace ni revela nada inútilmente.

Fuentes

J.L. MARTIN-DESCALZO, VIDA-MISTERIO/1.Págs. 66-68 y IGNACIO FALGUERAS SALINAS, theologoumena.com

|  |  |
| --- | --- |
| **Evangelio según s. Mateo I, 1 ss.** | **Evangelio según s. Lucas 3, 23 ss** |
| Libro del origen de Jesucristo,  hijo de David, hijo de Abraham:  Abraham engendró a Isaac,  Isaac engendró a Jacob,  Jacob engendró a Judá  y a sus hermanos,  Judá engrendró, de Tamar, a Fares  y a Zara, Fares engendró a Esrón,  Esrón engendró a Arán,  Arán engendró a Aminadab,  Aminadab engendró a Naassón,  Naassón engendró a Salmón,  Salmón engendró, de Rajab, a Booz,  Booz engendró, de Rut, a Obed,  Obed engendró a Jesé,  Jesé engendró al rey David.  David engendró, de la mujer  de Urías, a Salomón,  Salomón engendró a Roboán,  Roboán engendró a Abiá,  Abiá engendró a Asaf,  Asaf engendró a Josafat,  Josafat engendró a Jorán,  Jorán engendró a Ozías,  Ozías engendró a Joatán,  Joatán engendró a Acaz,  Acaz engendró a Ezequías,  Ezequías engendró a Manasés,  Manasés engendró a Amón,  Amón engendró a Josías,  Josías engendró a Jeconías  y a sus hermanos,  cuando la deportación a Babilonia.  Después de la deportación  a Babilonia,  Jeconías engendró a Salatiel,  Salatiel engendró a Zorobabel,  Zorobabel engendró a Abiud,  Abiud engendró a Eliaquín,  Eliaquín engendró a Azor,  Azor engendró a Sadoc,  Sadoc engendró a Ajín,  Ajín engendró a Eliud,  Eliud engendró a Eleazar,  Eleazar engendró a Matán,  Matán engendró a Jacob,  y Jacob engendró a José,  el esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo.  Así que el total de las generaciones son: desde Abraham hasta David,  catorce generaciones;  desde David hasta  la deportación a Babilonia,  catorce generaciones;  desde la deportación  a Babilonia hasta Cristo,  catorce generaciones. | Y el propio Jesús era, al empezar, como de unos treinta años, siendo  hijo -según se creía, de José-,  de Helí,  de Matat,  de Leví,  de Melkí,  de Janái,  de José,  de Matatías,  de Amós  de Naúm,  de Eslí,  de Nangai,  de Maaz,  de Matatías,  de Semeín,  de Josec,  de Yodá,  de Joanán,  de Resá,  de Zorobabel,  de Salatiel,  de Nerí,  de Melkí,  de Addí,  de Cosán,  de Elmadán,  de Er,  de Jesús,  de Eliezer,  de Jorín,  de Matat,  de Leví,  de Simeón,  de Judá,  de José,  de Jonán,  de Eliakín,  de Meleá,  de Menná,  de Matatá,  de Natán,  de David,  de Jesé, de Obed, de Booz,  de Salá, de Naasón,  de Aminadab,  de Admín,  de Arní, de Esrón,  de Fares,  de Judá, de Jacob,  de Isaac,  de Abraham, de Tara,  de Najor, de Serug, deRagáu,  de Fálec, de Eber, de Salá,  de Cainán, de Arfaxad, de Sem,  de Noé, de Lámec, de Matusalén, de Henoc, de Járet, de Maleleel,  de Cainán, de Enós, de Set,  de Adán,  de Dios. |